

ENTREVISTA A MICHAEL NAUGHTON

Por: Juan David Quiceno

En nuestro número anterior publicábamos la entrevista que Maria Wiering hizo a Don Briel una semana antes de su fallecimiento, ocurrido el 15 de febrero de 2018. Michael Naughton, teólogo y empresario, continúa el trabajo comenzado por Don Briel en la dirección del Centro de Estudios Católicos. Es titular de la Cátedra Koch de Estudios Católicos de la Universidad de St. Thomas (Minnesota), autor y editor de nueve libros y más de cuarenta artículos. Ayudó a coordinar y escribir “La vocación del líder empresario” emitida por el Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz (2012), que se ha traducido a quince idiomas. Actualmente se desempeña como presidente de la junta que dirige la Reell Precision Manufacturing.

JDQ: Don Briel fue un cristiano y académico extraordinario. Dedicó su vida a la idea de la Universidad como Newman, es decir, al proyecto de cultivar la mente humana y de abrirla a Dios y a la realidad toda. ¿Qué significa para usted asumir el encargo del Dr. Briel y seguir adelante con el Centro de Estudios Católicos?

MN: Don Briel fue un gran emprendedor académico de nuestro tiempo. Tenía una profunda comprensión del propósito de la educación y, en particular, de la Universidad católica. Además, [tenía] las habilidades administrativas para institucionalizar dicho propósito en forma concreta e innovadora.

Alguien como Don Briel no pasa a menudo por el mundo. Por ello, he tenido una increíble bendición al haber podido pasar veinticinco años de mi vida profesional formado por su visión, que es la visión de la Iglesia.

Aunque a menudo me siento la persona inadecuada para asumir la dirección del Centro de Estudios Católicos, estoy rodeado de colegas dedicados, un consejo asesor muy colaborador, una esposa sabia y nuestro Señor, cuyo consejo continúa acompañándome en esta misión. Por lo tanto, promover los Estudios Católicos es un proyecto comunitario y de gracia que, afortunadamente, no depende solo de mí.

En el corazón de los Estudios Católicos hay una invitación a participar en el poder integrador de la Encarnación, tanto en la vida como en el pensamiento. Si puedo tener esta visión en primer lugar en mi mente, como lo hizo el Dr. Briel, tengo esperanza en que este proyecto continuará floreciendo.

JDQ: ¿Podríamos decir que la enseñanza de las Humanidades está en crisis? ¿Por qué? ¿Y cómo cree que podemos enseñar Humanidades en el contexto contemporáneo? Especialmente si consideramos que las Humanidades son lo que Newman llamó “un conocimiento inútil”. ¿Cómo enseñar en nuestra cultura funcional del trabajo esta idea contracultural?

MN: Sería difícil decir desde cualquier perspectiva que las Humanidades no están en crisis. Las Humanidades han perdido una influencia significativa en las universidades tanto desde el exterior como desde su propia deriva interna. En lo que se refiere a lo externo, los campos crecientes de las profesiones, especialmente los negocios, así como el [también] creciente dominio de la ciencia y la tecnología, han ido ahogando las Humanidades. Los negocios, la ciencia y la tecnología han avanzado mucho en términos de habilidades y han crecido tanto en conocimiento como en institucionalidad. Piense en el crecimiento y el poder de las corporaciones en los últimos cien años. Las corporaciones globales tienen más riqueza y poder que muchos países. Desafortunadamente, con demasiada frecuencia los negocios y los campos de la ciencia y la tecnología buscan cada vez más tener un monopolio sobre el conocimiento y la vida en general. Cada vez más, creen que pueden explicarlo todo. Y así, a menudo, fomentan visiones materialistas y consumistas del mundo que atacan el alma de las Humanidades. En todos los Estados Unidos, por ejemplo, los

cursos requeridos y las carreras de Humanidades se han visto reducidos significativamente.

Sin embargo, habría que decir que los negocios, la ciencia y la tecnología han ahogado a las Humanidades, en parte, porque ellas mismas no han podido dar una explicación convincente de la realidad, especialmente, al abandonar la noción de mundo como realidad creada. En cambio, han tomado la opción de confinarse en una pequeña porción de la realidad, además, auto-creada. Algunos lo llaman visión posmoderna del mundo. En otras palabras, un universo en forma de *donut* en el que todos tienen un lugar donde pararse pero en el que el centro está vacío de contenido (por supuesto, el centro nunca permanece vacío por mucho tiempo). Este nuevo mundo auto-creado ha dejado como resultado una pérdida de confianza en que las Humanidades —en sus distintos campos— tengan mucho que ofrecer al mundo. Así, a lo largo y ancho de las universidades, los cursos requeridos han disminuido y los estudiantes no ven las Humanidades como algo apasionante, ya que tal auto-creación ha dejado de ser inspiradora. En realidad, si la vida se trata de auto-creación, no necesitaría gastar miles de dólares para obtener este pensamiento, podría lograrlo por mi cuenta.

A medida que las Humanidades disminuyen en las universidades, los negocios, la ciencia y la tecnología comienzan a hacerse cargo de las preguntas sobre el sentido. Y, desafortunadamente, nos dan malas respuestas sobre el significado profundo de nuestras vidas. Si bien los negocios, la ciencia y la tecnología pueden explicar el *cómo* de las cosas, no pueden explicar el *porqué*. Además, cuando lo intentan, a menudo nos dan respuestas equivocadas.

Las métricas de las corporaciones, los hallazgos empíricos de la ciencia y la eficiencia de la tecnología son incapaces de abordar los deseos y las cuestiones profundas de la vida interior, de la vida del alma. Todo eso es inútil para mantener los matrimonios unidos, para garantizar las relaciones de afecto con los niños o para crear cultura. Si, además, las universidades producen más líderes y élites cada vez menos expuestas a las Humanidades, caeremos en lo que el papa Francisco llama el «paradigma tecnocrático»; pensar que la tecnología puede resolver todos nuestros problemas.

Seamos claros: los negocios, la ciencia y la tecnología son muy importantes para la sociedad humana. Son actividades que han aliviado mucho sufrimiento y han hecho la vida más fácil, pero no están

destinadas a ser los lugares donde encontremos el sentido ni donde expresemos nuestras relaciones más profundas de lealtad. La familia, la Iglesia y las Humanidades deben ser esos sitios donde buscar el sentido más profundo de nuestras vidas. Por eso los griegos, los romanos y los cristianos del pasado vieron la importancia de las Humanidades durante más de dos mil años. La noción de las artes liberales, que está en el corazón del origen y desarrollo de las universidades, implica ver todas las cosas en relación, y el lugar de Dios en su relación con toda la realidad.

Esta es la razón por la cual no estoy seguro de que sea bueno hablar de las Humanidades como un conocimiento “inútil”. Entiendo por qué uno podría expresarlo de esta manera, pero me parece adecuada la formulación de Newman: «Lo bueno siempre es útil, pero lo útil no siempre es bueno». Déjeme dar un ejemplo de esto. Alasdair MacIntyre, uno de los filósofos modernos más perspicaces de nuestro tiempo, observó que algunos de los principales trastornos mundiales, como la crisis financiera y las guerras de Irak y Vietnam, fueron provocados, al menos en parte, por algunos egresados muy destacados de algunas de las universidades más importantes del mundo. El punto de vista de MacIntyre es acertado: cuando preparamos a los graduados para simplemente “ser cuidadosos”, ser especialistas solo en su campo, pensar de manera instrumental sin un sistema de raíces teológicas o filosóficas, el resultado es una educación estrecha que crea especialistas sin espíritu, políticos sin corazón, y hombres de negocios sin principios, todo lo cual lleva al fracaso en conocer y producir el bien, un bien que es extremadamente útil.

JDQ: Hablando más específicamente sobre sus propios estudios, ¿podría contarnos su experiencia sobre la relación entre las artes liberales y los negocios? ¿Cómo enriquecen las artes liberales los estudios de gestión?

MN: Tengo un *Ph.D.* en teología y un *MBA*. También tuve una posición conjunta en la Escuela de Negocios y en el Instituto Estudios Católicos en la Universidad de St. Thomas durante veinte años. Actualmente, no solo dirijo el Centro de Estudios Católicos, sino que también soy el presidente del directorio de *Reell Precision Manufacturing* (RPM). Se trata de una compañía internacional productora de soluciones de torsión para valores de transporte, electrónica de consumo, productos médicos y de automatización de oficinas. RPM tiene plantas en los Estados Unidos, en los Países Bajos y algunas oficinas en China.

entrevista

Quiero decir que mi experiencia ha sido tanto teológica como práctica y ambas me parecen de importancia fundamental. Tener lo teológico sin lo práctico a menudo resulta en abstracción y moralismo. Pero, tener lo práctico sin lo teológico da como resultado una perspectiva utilitarista de la vida.



Michael Naughton

Esta experiencia de estar conectado con grandes eruditos que están preocupados por lo práctico y con grandes líderes de negocios que están preocupados por lo moral y lo espiritual, me ha llevado a ver que la relación más importante entre las artes liberales y los negocios puede encontrarse en la virtud de la sabiduría práctica.

Una de las contribuciones más importantes de las universidades a la sociedad es formar líderes para ser profesionales en el sentido más profundo de la palabra, es decir, en profesar una competencia técnica y un estándar moral que sirvan al bien común. Por esta razón, John Henry Newman tenía en su universidad de Dublín una Escuela de Comercio, una Escuela de Derecho, y una Escuela de Medicina. En el corazón de una educación profesional dentro de una universidad de artes liberales hay una formación en sabiduría práctica.

Robert Coles, un famoso psiquiatra infantil de los Estados Unidos que enseñó durante muchos años en la Escuela de Medicina de Harvard, una vez dijo que «es posible obtener una A en todo y ser desaprobado en la vida». Esto es una gran tragedia. Las universidades pueden engañar a los estudiantes haciéndolos pensar que tienen

éxito en la vida cuando en realidad están fracasando. Un estudiante que sale de una universidad pensando que los negocios son solo para maximizar la riqueza de los accionistas, la mejora de la utilidad y las preferencias del mercado, etc., será un estudiante que no podrá comprender las dimensiones profundamente humanas de la actividad comercial.

Un ejemplo puede ser útil para ilustrar lo que decimos: Steven Goldstone, CEO de la antigua compañía RJR Nabisco (productor de tabaco y alimentos), argumentó en una entrevista que la producción de cigarrillos era algo bueno porque aumentaba las opciones de la gente. Goldstone estaba articulando una visión de la libertad derivada solo del mercado. Él entendió su trabajo como ofrecer opciones a las personas y no en determinar cuáles deberían ser esas opciones (aunque su compañía estaba gastando una gran cantidad de dólares en publicidad para hacer precisamente eso). La visión de la libertad de Goldstone lo llevó a creer que se encontraba en un terreno moral neutral, es decir, que podía ofrecer a la gente lo que estuviera dispuesta a pagar y que no tenía la responsabilidad de ofrecer bienes o servicios perjudiciales. Él y muchos que piensan igual en el mundo de los negocios, se sienten exentos de cualquier responsabilidad por los efectos de sus bienes y servicios en la sociedad. Pero esta es una disposición muy peligrosa. La falta de distinción entre productos y servicios buenos y malos, no solo desconecta a los empresarios de la responsabilidad por lo que ofrecen, sino que también hace que desaparezca el significado de sus propias acciones.

JDQ: ¿Cuál podría ser una manera de lograr una integración entre las ciencias y las Humanidades en este campo del conocimiento?

MN: Déjame continuar con el tema de la sabiduría, pues se trata de la virtud más asociada a la educación a lo largo de su historia. Aunque, curiosamente, parece ser cada vez más esquiva en las universidades. Se trata de algo bien captado por el gran poeta inglés T.S. Eliot cuando se pregunta: «¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en la ciencia? ¿Dónde está la ciencia que hemos perdido en la información?». Para Eliot, hemos perdido el ordenamiento de la información (datos) y el conocimiento (útil) hacia la sabiduría. Estamos inundados de información y conocimientos, pero hambrientos de sabiduría.

La sabiduría, al contrario de lo anterior, es una virtud intelectual que involucra la acción. Como virtud intelectual, se alcanza a través de la educación y formación de la mente del estudiante, para que pueda ejercer una gama completa de capacidades de comprensión y juicio. Una forma de describir este rango de capacidades es a través de la distinción entre *pensamiento creativo* y *pensamiento crítico*.

El hábito del *pensamiento creativo* se deriva de las audaces afirmaciones de las Humanidades encontradas dentro de las tradiciones grecorromanas y cristianas. Ellas contrastan con lo que mencioné sobre la visión posmoderna de las Humanidades: el hábito creativo de pensar contempla la realidad en lugar de construirla. Como creativo, reconoce una «creación», un orden, un cosmos del que no se es dueño. El joven matemático hindú, Srinivasa Ramanujan —quien escribió en la primera parte del siglo veinte—, afirmó que «una ecuación no tiene sentido a menos que exprese un pensamiento de Dios». Para él, las matemáticas eran parte de un orden creado más amplio. Vio patrones que podrían matematizarse en casi todo, desde el color en la luz hasta los reflejos en el agua, revelándose como la forma más increíble de encontrar el reflejo de un cosmos creado y no de un caos arbitrario. En otras palabras, no creó los patrones, sino que los descubrió. En consecuencia, el *pensamiento creativo* es una forma de razonar que participa en la realidad en lugar de tomarla con la mano o simplemente criticarla. Es una perspectiva contemplativa del mundo que es aceptada y no obtenida, una perspectiva de asombro y de admiración que no se adquiere, se recibe.

El hábito del *pensamiento crítico* es diferente, aunque complementario. El acto de *pensamiento crítico* es una forma de conocimiento humano que consiste esencialmente en observar, medir, contar, comparar/contrastar, definir/distinguir, diseccionar, examinar, experimentar y pesar. A menudo es discursivo, lógico en el pensamiento, abstracto y conlleva análisis técnico. Se desempaqueta, disecciona, despedaza y organiza en categorías. Busca pruebas. Es impulsado por datos. El *pensamiento crítico* consiste en varios tipos de razonamiento humano que incluyen lo empírico, científico, técnico, instrumental, teórico y ético. Todo lo cual requiere un tremendo esfuerzo y energía. Este tipo de conocimiento se logra a través del aprendizaje de varias técnicas, el desarrollo de habilidades y la utilización de fórmulas. La mente crítica busca la claridad lógica, el cuidado y la minuciosidad en la erudición, el uso preciso del lenguaje y el juicio sólido y justo.

La sabiduría se desarrolla, entonces, en la integración de estos dos tipos de pensamiento. No son opuestos, se complementan. Su integración, unidad, diálogo e “interacción mutua” nos dan la sabiduría para la cual estamos hechos. La distorsión provendría más bien de la alienación de estas dos formas de pensamiento. Digamos que hay pocas universidades que no se enorgullezcan de dar importancia al *pensamiento crítico*. Insisten en decir a sus estudiantes que “piensen por sí mismos”, “que cuestionen la autoridad”, “que superen la tradición”, “que subviertan el orden establecido”. Sin embargo, sin una forma de *pensamiento creativo* que sea capaz de contemplar el orden creado, los estudiantes, en realidad, podrán pensar *por sí mismos*, pero eventualmente solo pensarán *sobre ellos mismos*. Cuando las universidades familiarizan a los estudiantes con “puntos de vista críticos” sin antes hacerles conocer un “orden”, una forma de *pensamiento creativo* que cultiva la imaginación a un orden trascendente, eventualmente los inducen al escepticismo no solo frente a la autoridad, la tradición, la historia y religión, sino incluso frente a la realidad misma.

JDQ: Para los estudiantes de negocios y, en realidad, para los estudiantes de cualquier disciplina, al vivir su vida profesional al servicio de la sociedad, ¿qué diferencia hay en haberse cultivado ellos mismos y su visión del hombre y la sociedad a través de una educación de artes liberales?

MN: En el Concilio Vaticano II se afirmó que uno de los errores más grandes de nuestra era es la fragmentación de la vida: que nuestra fe y nuestro trabajo sean compartimentos estancos. Hay muchas razones detrás del fenómeno moderno de la vida dividida, pero creo que una raíz importante del asunto está en comprender adecuadamente la relación entre la vida activa y contemplativa. La vida entendida como activa y contemplativa es una unidad. Esta unidad puede ser alimentada en una universidad que tiene un programa de artes liberales saludable y un programa profesional sólido.

Esta relación entre las artes liberales y las profesiones, y lo contemplativo y lo activo, llega a la profunda comprensión creativa de la forma en que fuimos hechos. Como lo expresó el libro del Génesis: fuimos creados para trabajar y para descansar, para ser activos y para ser contemplativos. Estas dos dimensiones de nuestra vida están destinadas a informarse mutuamente como parte de un todo más profundo.

En consecuencia, cuando los estudiantes encuentran una relación dinámica entre las Humanidades y la educación profesional, pueden comenzar a ver cómo superar la vida dividida y acercarse a la experiencia de una vida más integrada.

Esto no es fácil. Demasiados cristianos, laicos y clérigos por igual hacen afirmaciones simplistas como: «Tengo integridad» y repiten las triviales consignas de la cultura: «Hago lo que digo y digo lo que hago», pensando que así han resuelto el problema del pecado original. Una educación liberal puede ayudar a detectar esta integridad barata. Cuando somos presumidos, autojustificándonos con nuestros propios logros, llegaremos a ser tan profundos como un charco. Pretendemos una solución simple, pero lo que realmente necesitamos es ser rescatados.

En otras palabras, preferimos tomar el camino fácil para enfrentar el problema de la vida dividida, por lo que usamos frases como “equilibrio trabajo/vida” como si algún tipo de programa planificado pudiera resolver este problema fundamental de la condición humana. “Equilibrio” es una de esas palabras sobreutilizadas en el vocabulario empresarial. Si bien tiene su lugar, el “equilibrio del trabajo y la fe” a menudo perpetuará, en lugar de confrontar y superar, la vida dividida.

El equilibrio es un término de trabajo, un intento de manejar algo a través del cálculo, de sopesar opciones y de poner más peso en un lado o en otro de la balanza. Yo diría que este modo calculado no es la forma en que debe realizarse la tarea de integración. En la integración real cada elemento debe informar, corregir, complementar y penetrar en el otro.

Así, lo que una educación liberal puede ayudarnos a ver —aunque no es una garantía— es que para trabajar bien, tenemos que tener ocio. Si queremos hacer lo correcto en la vida activa, necesitamos hacer lo correcto en la vida contemplativa. Si queremos obtener una buena educación profesional, debemos obtener una educación liberal adecuada. Si no enfrentamos este grave error de la vida dividida, especialmente en nuestra formación profesional, tendremos pocas posibilidades de resistir a las fuerzas instrumentales, tecnocráticas y deshumanizadoras presentes abundantemente en el lugar de trabajo. Descubriremos que nuestro quehacer se ha reducido a nada más que una “tarea” o una “carrera” con poco sentido más allá de sí mismo y que nuestro descanso se ha vuelto superficial y sin vida.

Nuestra salida de la vida dividida solo vendrá de la gracia que nos capacita para ir más allá del equilibrio hacia la integridad. Por eso, en el corazón de la integridad se encuentra la virtud teológica de la caridad. Benedicto XVI la define de esta manera: «La caridad es el amor recibido y dado». La caridad como don, como la gracia es recibida por primera vez. Lo que se recibe a menudo se descubre profundamente en la vida contemplativa y lo que se da, a menudo se expresa profundamente en nuestra vida activa. Por todo esto, pienso que la educación liberal y profesional adecuadamente enseñadas, pueden ayudar en esta relación entre la vida contemplativa y activa.

JDQ: De acuerdo con las reformas educativas actuales y los nuevos métodos, ¿cómo se imagina la Universidad —y nuestro mundo— en los próximos treinta años? ¿Se imagina un mundo sin Humanidades?

MN: Desafortunadamente, puedo imaginar un mundo sin las Humanidades: se llama transhumanismo. Un mundo donde lo humano es reemplazado por lo técnico y donde el progreso se realiza por sí mismo. Si esto puede hacerse, se hará. Cuando el humano es desplazado, entra lo inhumano.

El peligro de alguien como yo en esta etapa de mi carrera es que me siento tentado por el pesimismo ante el declive de las Humanidades, que puede llevar a la desesperación y a la tristeza. Esta no es una respuesta cristiana y es una tentación a la cual debo oponerme. Aunque también entiendo que tampoco es una respuesta cristiana un optimismo ingenuo que no logra captar los problemas significativos que tenemos ante nosotros.

Lo que se necesita es la virtud teológica de la esperanza. Hace veinticinco años comenzamos los Estudios Católicos y nunca hubiéramos podido prever los frutos que hemos visto hoy. Don Briel una vez describió a los Estudios Católicos como «una aventura en gracia». La gracia, como él señaló, no significa una vida fácil o sin problemas. Lo que esta gracia significaba para Briel era que los Estudios Católicos lo sorprendían constantemente. No experimentó los Estudios Católicos como algo que había hecho, sino más bien como algo que se le había dado para hacer. Era una aventura profunda, cada vez más profunda en Dios. Toda la vida cristiana es así, para aquellos que dicen sí.